

hombre puede llegar hasta donde alcancen su voluntad y sus fuerzas.

Todos los males de nuestra pobre España los atribuyo yo á dos causas: en las capitales, á las corridas de toros (para fomento de todos los vicios), y en el resto, á la falta de instrucción. Es lastimoso confesar que en este punto, estamos por debajo de todos los pueblos cultos. No quiero citar estadísticas comparadas. Solo diré que en España se calcula que, de diecinueve millones de habitantes, solo unos cinco millones saben leer y escribir. ¿Á quién de mis lectores, no ha llamado la atención que en cualquiera novela francesa, por baja que sea la sociedad en que la acción se desarrolla, todos los personajes sepan leer y escribir? En Inglaterra, no se concibe que exista quien no posea tales conocimientos. En Alemania, los periódicos citan de vez en cuando, como caso muy raro que en el reemplazo del ejército se ha encontrado un tal Fulano que no sabe leer y escribir.

¿Podemos culpar de ello á nuestros Gobiernos. No; el Estado—pagándoles ó no—tiene en todas las poblaciones maestros que enseñan gratuitamente. En la legislación sobre el trabajo de los niños, en la de empleados públicos, en la electoral y muchas otras, no se ha descuidado el estímulo al estudio. Á la iniciativa particular, toca corresponder á estos deseos. ¡Cuántos son los padres, que para aprovechar seis ú ocho reales semanales que pueda ganar el hijo, mandan á este al taller, donde el trabajo excesivo destruye su naturaleza, en lugar de mandarle á la escuela para hacerle hombre! Yo he visto en un pueblecito de Cataluña no mandarle chicos á la escuela, soló porque el maestro era castellano.